

## Capítulo 5.

# Discusión sobre los aspectos que inciden en la construcción de identidad de las personas con discapacidad visual

La identidad no se puede reducir a la utilización de elementos tangibles propios de una población con características en común; pues como lo afirma Morel y Villalobos (2011) la identidad es un constructo universal que posee varios subsistemas entre estos la identidad biológica, física, psicológica o social; es decir que abarca factores internos y externos que caracterizan a un individuo.

En este orden de ideas se denota que, si bien existen herramientas tiflotecnológicas que han favorecido la construcción de una parte de la identidad de las personas con discapacidad visual, hay otros aspectos que están interfiriendo en la construcción de su identidad. Es fundamental tener en cuenta que la “[...] identidad es evolutiva y está en proceso de cambio permanente, presenta crisis y pérdidas; lo que afirma la existencia de particularidades, pero también de diferencias y relaciones con los otros” (Morel y Villalobos, 2011, p. 113).

Aunque muchos participantes señalan que la mirada que la población dirige hacia ellos los percibe como personas dependientes, improductivas y que dan lástima, factores que menoscaban la autoestima y fragmentan su sentido de vida, pues como indica Huete García (2019): “Es obvio que

discapacidad y dependencia denotan realidades íntimamente ligadas tanto que incluso podrían llegar a utilizarse como términos sinónimos” (p. 32). Dicha percepción a partir de investigaciones como estas, deben empezar a transformarse y empezar a tener un reconocimiento positivo hacia las habilidades de quienes se encuentran en condición de discapacidad.

En este orden de ideas, para romper con las barreras a las que se enfrentan las personas objeto de estudio, se requiere de un esfuerzo colectivo, en el que la sociedad reconozca la discapacidad como un déficit que ha fortalecido numerosas habilidades y elimine la concepción de enfermo e incapaz; pues estas percepciones permean de forma negativa o positiva en el autoestima del sujeto e influyen de cierta manera en el propósito de vida de ellos, pues los motiva o los lleva a renunciar a sus sueños.

En ese sentido, Foucault (2000), citado en Jiménez (2008), afirma que “La <<dis>> capacidad no ha sido creada por las personas con <<dis>> capacidad, sino por las instituciones y el sistema sociocultural que sostiene al mundo” (pp. 9-10); además algunas disciplinas han influido en la conformación de un enfoque minimizador del otro, en este caso del sujeto con discapacidad, pues como lo señala Egea y Sarabia (2001), “[...] la ciencia, la burocracia y la religión han jugado un papel importante en la construcción de la discapacidad como un yo roto, imperfecto e incompleto, como un caso en el que es preciso intervenir como objeto de lastima y caridad” (Jiménez, 2008, p. 3).

Entonces, si la identidad está relacionada con la historia de vida, influida por el contexto que predomina en la época y lugar en que vivimos, como se pretende que las personas en condición de discapacidad visual, puedan construir su propia identidad, si están permeadas por instituciones que reconocen a esta población como sujetos inferiores, carentes de habilidades, incapaces de aportar a la sociedad; por ende son estas las barreras sociales que generan daños significativos al interior del individuo, menoscabando la seguridad y la confianza en sí mismo, permitiendo que asuma la posición de un ser humano que vino al mundo dotado de sueños pero al que la sociedad le refuerza la imposibilidad de cumplirlos.

Morel y Villalobos (2011) refieren que cuando se tiene una “[...] discapacidad es necesario identificarse con ella positivamente, para creer en las oportunidades que se tiene y así poder actuar, ayudando a generar un ‘constructo social de la discapacidad’ positivo y diferente, capaz de valorar la diversidad y respetar al sujeto” (pp. 116-117); es quizá lo que le falta a esta población, pues aún tienen miedo e inseguridad sobre sí mismos y sobre todo lo que pueden aportar a la sociedad, todavía se centran en aquello que les hace falta y no en las numerosas habilidades que poseen.

Por su parte, para Vygotsky (1997) “[...] quien tiene una discapacidad se trata de un sujeto con defectos, se centra en lo que falta, lo que está mal o aquello que no funciona”; aunque estos postulados son de antaño, pues la mirada de la sociedad hacia las personas con discapacidad ha cambiado de forma positiva, pero son ellos quienes también deben demostrar que deben ser reconocidos por sus cualidades y fortalezas y no por su propia condición.

En estos postulados se evidencian dos posiciones diferentes de interpretar una misma realidad social; por una parte se enfocan en ver la discapacidad como una forma de valorar la diversidad, rescatar aspectos favorables de la misma y entender que si bien existe un déficit visual, este ha sido suplido por numerosas habilidades que permiten que el sujeto se desenvuelva igual o mejor que si contara con la facultad de ver; sin embargo así como se requieren transformaciones sociales que cambien la mirada hacia quienes poseen una discapacidad, también es necesario que estos individuos fortalezcan las facultades mentales, tengan confianza en sí mismos y superen las propias barreras actitudinales.

Por otra parte, se asume una postura dicotómica entre lo positivo y negativo, entre lo completo y lo que falta; argumento que alimenta el estigma y la marginación hacia quienes se encuentran en condición de discapacidad; situación que afecta la construcción de la identidad psicológica, la cual está relacionada con los sentimientos hacia uno mismo, pues las afectaciones emocionales que causan las miradas de compasión y rechazo atentan contra la autoestima, provocan la autodestrucción del yo y debilitan

aspectos como el concepto, la confianza y la imagen propia de las personas en condición de discapacidad visual.

De este modo, como lo mencionan Borrego y Requena (2004), la autoestima se considera como el punto de partida para el desarrollo positivo de las relaciones humanas, la responsabilidad personal, la creatividad y el aprendizaje. Por lo que, sobre todo para las personas en condición de discapacidad, desempeña un papel importante en sus vidas, pues tener una autoestima positiva es vital para la vida personal, social y profesional; hechos que por su limitación se ven truncados habitualmente (Iniesta Martínez, Martínez Sanz y Mañas Viejo, 2014).

En consecuencia, también se ve afectado el autoconcepto, considerado uno de los componentes de la autoestima, el cual abarca la representación que cada individuo tiene de sí mismo, así como las creencias que cada sujeto tiene de sus propias características psicológicas, físicas, afectivas, sociales e intelectuales. Aspecto que está fragmentado quizá porque la persona en condición de discapacidad visual asume una actitud negativa frente a su situación, que además se ve reforzada por la valoración externa que impone la sociedad.

Al respecto, Bermúdez (2000) indica que dependiendo de cómo se encuentre “[...] la autoestima potenciará la capacidad de la persona aumentando su nivel de confianza o; por el contrario, si se posee una autoestima baja se vinculará a la persona al fracaso y la derrota” (Iniesta Martínez, Martínez Sanz y Mañas Viejo, 2014, p. 441). Estos factores están influenciados por componentes externos e internos, pues si bien todo parte del propio valor del sujeto y de los esfuerzos que realice, también el entorno puede servir como un factor motivante o, por el contrario, destructivo.

Al respecto, Arenales (2019) señala que las personas con discapacidad visual son particularmente vulnerables en cuanto a la atención en salud, la rehabilitación, la asistencia y apoyo, por ende, los resultados que obtienen en los contextos académicos, laborales, sanitarios son bajos; además, la participación de esta comunidad en el sector económico es mínima, de

modo que los índices de pobreza en estas personas son altos y su calidad de vida es reducida en comparación con quienes no tienen ninguna discapacidad.

Esta situación es el reflejo de las brechas de desigualdad a las que se ven sometidas estas personas, quienes, además de vivir todo aquello que implica no poder ver, también tienen que enfrentar la indolencia de la población sin discapacidad y de las instituciones, que no les brindan las garantías que permitan que se autorrealicen como personas integrales. En estas circunstancias se evidencia un estado de ánimo bajo en los participantes y numerosos sentimientos de injusticia que les hacen más difícil el trasegar por la vida.

Según Morel y Villalobos (2011) es fundamental cómo en el entorno social del sujeto se considere esa situación nueva que se le presenta específicamente si se habla de discapacidad, donde exista una construcción social negativa, será muy difícil para la persona aceptar esta situación, incluirla entre sus características o cualidades y construir su identidad.

No obstante, surge la necesidad de que las personas con discapacidad sean concebidas de otro modo, para que puedan ocupar otros lugares sociales de mayor legitimidad. Puesto que, como lo señala Iñiguez (2001), citado en Jiménez Pizarro (2008), la naturalización del comportamiento que la explicación biologicista comporta está en la base de la exclusión de aquellos y aquellas que son vistos como inferiores.

En este sentido, es importante que las personas con discapacidad visual, desde los primeros años de vida, cuenten con adecuados servicios de salud, recreación, pero sobre todo de educación, puesto que “[l]a integración en aulas ordinarias de los alumnos con discapacidad [...] requiere un esfuerzo por parte de todos, docentes y alumnos, para que este objetivo pueda llevarse a cabo satisfactoriamente” (Sánchez Gómez, 2018, p. 120).

De modo que estas personas tengan un proceso de rehabilitación inmediato, prioritario y especializado que les favorezca la aceptación de

su propia condición, que puedan desarrollar y fortalecer habilidades que suplan la deficiencia visual y que desde la infancia estén preparados para desempeñarse de forma apropiada en los contextos académicos, laborales, recreativos y sociales.

Sin embargo, la capacidad de resiliencia, la perseverancia y la autoconfianza son características que identifican a las personas con discapacidad visual, pues un gran porcentaje de estos individuos han trascendido los límites de lo posible, han surgido más allá de quienes son videntes y han demostrado que el potencial del ser humano siempre será más grande que las dificultades. A partir de sus propias virtudes han podido construir una identidad que va más allá de utilizar elementos para la movilidad o de hacer uso de un sistema de escritura.

Por tanto, construir la identidad es un trabajo con doble sentido: por un lado, el sentimiento de unidad y, por otro, la singularidad con respecto a los demás, y esto no solo aplica para las personas con discapacidad visual; es inherente al ser humano, pues por muy capaz y funcional que parezca dentro de cada individuo siempre existirán dificultades, deficiencias y barreras sociales y personales que interfieren en el proceso de autorrealización.

Por su parte, las herramientas tiftotecnológicas están jugando un papel relevante en la vida de las personas con discapacidad visual, puesto que favorecen la autonomía y la inclusión a entornos escolares, laborales, recreativos y sociales; además, permiten que estos individuos puedan tener un desempeño académico y laboral óptimo. También facilitan el acceso a la información global para que mediante lectores de pantalla puedan conocer el mundo y hacerse una representación mental de este.

De igual manera, estas herramientas son vitales en el proceso de construcción de identidad de la población estudiada, ya que la mayoría de ellos han incluido estos dispositivos en la vida diaria, debido a que reconocen que tienen numerosos beneficios y han llegado para romper con algunas barreras sociales a las que hace unos años debían enfrentarse. Estos obstáculos, a su vez, les impedían el desarrollo libre y pleno de su

proyecto de vida y la posibilidad de lograr una autorrealización personal, familiar y profesional.

Finalmente, se rescata la tiflotecnología como un elemento que en la actualidad ayuda a construir la identidad de las personas con discapacidad visual, pues tanto de forma individual como colectiva, lo común en las vivencias de estas personas es que las herramientas tecnológicas no solo han transformado el mundo, sino también sus existencias, ya que han hecho más llevadera su propia condición y han posibilitado que la mirada de desprecio que antes tenía la sociedad de ellos se transforme en una mirada de admiración y como ejemplo de superación.

